

LA PRISIÓN

Mi jefe, en el periódico donde yo trabajaba, me lo había pedido antes varias veces, pero yo me había negado. Me parecía atrevido y peligroso. Pero, al final, no pude resistirme.

Feliciano Román, el más famoso asesino español, estaba en la cárcel de Carabanchel cumpliendo una condena a cadena perpetua. Había asesinado cruelmente a tres camareras de un restaurante madrileño. Mi jefe había conseguido autorización para que yo ingresara en la prisión, como si hubiera sido condenado por un tribunal. Así podría ganarme la confianza de Feliciano y, sin que se diese cuenta, hacerle una entrevista. Hasta entonces ningún periodista había conseguido sacarle una palabra. Mi jefe me pidió que no dijera nada a mis compañeros ni a nadie. Fue fácil guardar el secreto porque yo vivía solo en Madrid, adonde había llegado hacía unos meses y no conocía apenas a nadie.

Todo sucedió como habíamos planeado. El director de la cárcel me recibió con amabilidad y dos guardias me acompañaron a mi celda, que era también la de Feliciano. A él lo iban a trasladar a los dos días, a una prisión nueva y más segura. Tenía, pues, poco tiempo. Me dijo que apenas había salido de la celda durante los dos meses que llevaba allí. Esto podría explicar que tuviera tantas ganas de hablar conmigo. Me contó, prácticamente, toda su vida. Pero lo que me estaba contando me ponía la piel de gallina. Era estremecedor.

Al día siguiente yo ya tenía material suficiente como para escribir todo un libro. Tenía ganas de volver al periódico y empezar, pero preferí quedarme dos días más, para esperar a que a él lo trasladaran de prisión y no sospechara nada de mí. Al tercer día nos despedimos. Él se marchó y, poco después, yo llamé al guardia para que me dejara salir. “¡Es imposible!, me dijo, “¿Se cree usted que esto es un hotel? Tiene que cumplir su condena, como todo el mundo.

¿Acaso no sabía él cómo había entrado yo en la cárcel? No quiso creer que era periodista. Al final le logré convencer para que fuera a buscar al director. Cuando volvió con el director se me heló la sangre. ¡Aquel señor no era el director que yo había conocido unos días antes! Me lo explicaron: el anterior director había sido destituido por el Gobierno y había desaparecido. Nadie sabía dónde estaba. Por supuesto, el nuevo director no se creyó mi historia.

Al día siguiente me llevaron a una oficina. En verdad no encontraban ningún papel en sus archivos con mi nombre. Pero tampoco me dejaron salir. Al otro día vino un abogado, que intentó ponerse en contacto con mi jefe, aunque no lo consiguió porque mi jefe había salido de vacaciones al Caribe. Luego los guardias me trajeron a esta celda.

He perdido ya la cuenta de los días que llevo en la prisión. Ahora, todos creen que, además de ser un delincuente, estoy loco. Mi última esperanza es que esta carta llegue a manos de alguna persona sensata que pueda hacer algo por mí. Por favor, si usted lee esta carta, ¡ayúdeme!

¡No me deje abandonado en esta cárcel de la que no consigo salir!

Joaquín MASOLIVER

SGEL

(texto adaptado)